

Y Matifay temia verse obligado á tener que dar demasiadas explicaciones.

Tan largo tiempo como le fué posible, habia guardado para él solo su terrible secreto; pero hoy dia la lucha le era ya demasiado penosa, y al solo recuerdo de las angustias que esa noche sufria, se le erizaban los pelos.

¡Ah! ¡pobre loco! Habia creído que casándose con Cipriana desterraria de su imaginacion los terrores de su remordimiento, y hé aqui que desde ese fatal casamiento esos terrores habian redoblado.

Sí, desde aquel fatal casamiento, y precisamente la noche misma de la boda, aquellos terrores se habian materializado, por decirlo así, y en el umbral mismo de la cámara nupcial era en donde habia encontrado de pié y cerrándole el paso, el aspecto vengador de Elena de Rancogne.

Y desde entonces, siempre á la misma hora, se le habia aparecido la vision inexorable todas las noches.

Habia tratado de librarse de ella por medio de la embriaguez, y por espacio de algunos dias lo habia conseguido.

Entonces ya se creyó salvado, cuando héte aqui que el dia anterior el espectro habia venido á perseguirle hasta el fondo de la ruidosa taberna de la *Gota de oro*.

La embriaguez, en lo sucesivo, era impotente: preciso era buscar otro medio.

Este Matifay era un escéptico. No creia en los muertos vengadores que, levantando las losas de sus sepulcros, vienen á implorar algunas oraciones y sufragios, ó á perseguir á sus asesinos.

Estaba convencido de que aquella aparicion no era sino quimera y una vana ilusion creada por su imaginacion exaltada, una forma imaginaria, una alucinacion.

Solamente, lo que mas le inquietaba era su persistencia y la regularidad de las apariciones, y cogiendo su cabeza entre sus manos, se preguntaba:

— ¿Me volveré yo loco, por ventura?

Y el temor de la locura es casi siempre el principio de ella.

Conocia que dentro de algunos dias, mañana mismo quizás, no tendria ya la fuerza necesaria para resistir y dominar sus terrores, diciéndose como se decia hoy:

— ¡Bah! eso no es mas que una ilusion.

Y con el fin de desahogar un poco su corazon, era por lo que hacia llamar al doctor Ozam.

¡La locura! Estremeciéndose era como el baron pronunciaba esta palabra. La locura, para él, era peor que la muerte, era su ruina y su deshonra.

Podria llegar, como llegaria, un dia en que sin saber ni lo que hacia, ni lo que decia, se denunciase á sí mismo, y, despojándose de su careta de hipocresia, proclamaria él mismo á gritos su ignorado crimen.

Pues, — y explique el que pueda esta anomalia, — este hombre sin honra estimaba en mas su honor que su vida. Habia tomado por lo serio su mentirosa existencia: queria ser siempre el gran ciudadano, el hombre de probidad austera, « el mas rico y el mas honrado de Francia. »

Y conociendo que su secreto se le asomaba á los labios á

cada momento, hacia esfuerzos sobrehumanos para retenerlo.

Larose se habia dado prisa. Apenas habia trascurrido una media hora cuando ya estaba de vuelta con el doctor.

Al oirlo anunciar, Matifay volvió á caer en sus constantes vacilaciones, y estuvo á punto de despedirlo; pero haciendo un esfuerzo, dió por último la orden de que entrase.

— Al fin y al cabo, pensó y se dijo, no le contaré sino lo que yo quiera y me detendré en mis confianzas desde el momento en que empiece á conocer que pueden comprometerme.

El doctor Ozam entró, y el curioso Larose, con el oido pegado al agujero de la cerradura de la antesala, escuchaba con sus cinco sentidos.

El médico se acercó al lecho y tomó el pulso de Matifay.

Pero Matifay retiró vivamente el brazo, y dijo al médico:

— Yo no estoy enfermo, doctor.

Y al ver que este le interrogaba con una mirada de admiracion:

— Tengo una preocupacion que me atormenta, continuó diciendo, acerca de la cual quiero consultaros.

— Yo no doy, dijo M. Ozam, no sin bastante sequedad, sino consultas medicales.

— Precisamente de lo que tengo necesidad es de una consulta medical, dijo Matifay.

— Entonces, contestó el médico acercando un sillón á la cama lo mas cerca posible y sentándose en él cómodamente, os escucho.

Pero Matifay se callaba.

Habia llegado el momento crítico: conocia la necesidad de poner en orden sus ideas y buscar el cómo empezar sus medias confianzas.

El ojo franco y abierto de aquel hombre honrado le turbaba singularmente. Pareciale que aquella mirada tenia el poder de leer en el interior de su conciencia. Y si de resultas de sus palabras embarazadas el doctor llegase á conocer toda la horrorosa verdad...

El doctor Ozam continuaba esperando.

— En fin, dijo por último.

— Pues bien, respondió Matifay tragando su saliva con esfuerzo, porque las palabras se le quedaban detenidas en la garganta. Una idea, una idea muy extraña, intercaló con una risa forzada, me atormenta hace algunos dias. El médico del cuerpo, doctor, cuando se tiene vuestro talento, es tambien un poco el médico del alma, y hé aqui por qué, estando bueno del cuerpo, os he hecho llamar.

El doctor hizo un ademán con la cabeza, pero no despegó los labios.

Pero su mirada investigadora, aquella terrible mirada del médico, del sacerdote ó del juez, aquella mirada que busca en los menores movimientos de la fisonomia el comentario y verdadero sentido de las palabras pronunciadas, no se separaba del rostro de Matifay.

— Doctor, preguntó resueltamente el banquero, bajando los ojos ante aquella mirada, ¿cómo se vuelve uno loco?

XXIII

DOBLE CONSULTA.

La pregunta era tan extraña, que hizo estremecer al médico, cuya mirada se volvió mas escudriñadora; buscaba la de Matifay, pero la de este evitaba encontrarse con la del doctor.

— Se puede ser loco de muchas maneras, respondió pausadamente M. Ozam. Pero para que yo pueda responder con mayor precision á vuestra pregunta, seria preciso saber de qué especie de locura se trata.

— Se trata, dijo Matifay con una voz débil como un respiro, de un hombre que tiene visiones, ó mas bien una vision, una sola, y siempre la misma.

— ¡Ah! exclamó el doctor con aire pensativo, y ¿esa vision vuelve á intervalos irregulares?

— Siempre á una misma hora: siempre á las doce de la noche.

— ¿Hace mucho tiempo?

— Desde hace tres semanas.

— Y, — dispensadme si insisto sobre el particular, — ¿esta vision es simplemente fantástica, sin motivo ni razon de ser, como de las que habla Walter Scott en su *Demonologia*, ó bien tiene relacion directa con algun acontecimiento de la vida pasada de la persona por quien me consultais?

Matifay guardó silencio, porque esta pregunta era precisamente una de aquellas á las que se habia propuesto no responder.

M. Ozam se levantó y tomó su bastón y sombrero.

— ¿Qué haceis, doctor?

— Desde el momento que me ocultais alguna cosa, mis consejos, si no son perjudiciales, son por lo menos inútiles, y no pueden servir de nada á vuestro enfermo.

— Por favor, quedaos. Preguntad, y yo responderé á todas vuestras preguntas.

M. Ozam volvió á sentarse con la misma flemma imperturbable.

— Está bien. ¿Cuál es la forma en que se presenta generalmente la vision?

— Siempre la misma. La de una mujer enlutada y cubierta con un velo.

— ¿Un ser imaginario, ó alguna persona que el enfermo ha conocido en otro tiempo?

— Un ser que ha conocido. Una persona que ha muerto hace ya muchos años.

— Y ese ser ideal es fantasma, ¿le habla?

— No. La mujer pasa delante de él cubierta con el velo, luego se para, levanta su velo y se retira lentamente.

— ¿Ha tratado de dirigirle alguna vez la palabra?

— Nunca se ha atrevido á ello.

— ¿Se ha acercado á ella alguna vez para tocarla y ver si era simplemente una ilusion?

— ¡Oh! eso nunca... nunca jamás.

Y Matifay pronunciaba ese segundo « ¡nunca jamás! » con una indecible expresion de horror.

A la sola idea de acercarse al fantasma, de hablarle y de tocarle, la frente se le cubria de sudor.

— Eso es una alucinacion, dijo el doctor como hablándose á sí mismo, y puesto que el enfermo no ha oido todavía la voz, aun podrá remediarse todo.

— ¿No es verdad? ¿no es verdad? exclamó Matifay con ansia. ¡Oh! M. Ozam, vos sois uno de los príncipes de la ciencia, un hombre de genio; yo tengo en vos una confianza ciega: no me abandoneis, salvadme.

— ¿Cómo! ¿es de vos mismo de quien se trata? exclamó el doctor cada vez mas pensativo.

Matifay inclinó la cabeza con aire abatido.

— Los fenómenos cerebrales son tan delicados, continuó el doctor despues de un corto silencio, que por muchos y minuciosos detalles que el médico desee adquirir, nunca serán bastantes. Decidme, esa persona que se os aparece, — ¡oh! no os pregunto su nombre, ni quiero saber de vuestro secreto mas que aquello que me sea útil, — esa persona ¿la habeis amado alguna vez?...

Matifay titubeó, dispuesto como estaba á mentir; despues con voz débil respondió:

— No.

— Pues por lo menos se ha debido hallar mezclada en los asuntos de vuestra vida para que ella haya dejado en vuestro espíritu huellas tan indelebles. ¿No se ha anunciado este fenómeno por algunas señales precursoras antes de haber tomado tanta gravedad? ¿No pensabais á menudo en esta persona, amada ó aborrecida, y no soñabais con ella algunas veces, y no se ha hecho mas persistente su recuerdo á medida que el mal se agravaba? Y ese recuerdo, en fin, ¿no habia llegado á ser ya una idea fija, algun tiempo antes de la primera aparicion?

— Sí, respondió Matifay, he experimentado todo eso tal y conforme lo acabais de decir.

— Una palabra mas todavía. ¿En qué circunstancias y condiciones se ha realizado la primera alucinacion que habeis experimentado, durante el sueño ó la vigilia?

— Durante la vigilia, estando bien despierto, se apresuró á responder el baron. ¡Oh! os aseguro que aquella noche estaba bien despierto y que ni dormia ni soñaba, ni aquella ni las demas noches. Era precisamente el dia de mi casamiento.

— Entonces, cuando hemos subido y os hemos encontrado desvanecido en el corredor...

— Acababa de verla por la primera vez, interrumpió vivamente el baron, estremeciéndose todo su cuerpo con solo aquel recuerdo, y despues he vuelto á verla todas las noches.

M. Ozam se acercó á la mesa y escribió una receta.

— Lo principal es, dijo mientras estaba escribiendo, no

pensar en esa vision durante el día, porque teniendo vuestra imaginación siempre fija en esa idea, preparais vos mismo la alucinación de la noche. Mandad á buscar esta pocion y ella os procurará un sueño sin pesadillas de que teneis mucha necesidad. Está calculada su dosis de modo que podais dormir hasta las once de la noche. Mandareis que os traigan la cena á vuestro cuarto y yo mismo me convidó, y los dos juntos esperaremos la vision.

Matifay quiso coger la mano del doctor para besársela, pero este la retiró no sin mostrar alguna repugnancia.

Hay instintos y prevenciones que rara vez engañan. Nunca habia podido M. Ozam amar ni estimar al « hombre mas honrado y mas rico de Francia. »

Y segun iba bajando las escaleras con su receta en la mano, iba meneando la cabeza y diciéndose con aire muy preocupado :

— Debajo de esta locura debe haber algun crimen.

En la antesala encontró á Larose, que apenas habia tenido tiempo de dejar su puesto de espionaje al oír salir al doctor, el cual le entregó la receta diciéndole que el señor baron no estaria visible para nadie en todo el día.

Y luego, como todavia era temprano, se resolvió á pasar á casa de madama Lamouroux, rentista, á donde, por lo ordinario, no solia ir sino por la tarde.

A pesar suyo se sentia oprimido por la confidencia vacilante de Matifay, de este hombre que traspiraba el crimen y los remordimientos por todos los poros de su cuerpo.

El doctor sentia la necesidad de refrescarse el alma sentándose durante algunos minutos á la cabecera de la Pippione.

¡Ay! la pobre niña estaba bien malita, y el doctor tenia pocas esperanzas de salvarla; pero hay muertes cuya vista inspira mas bien enternecimiento que tristeza, lechos de agonía cerea de los cuales cree uno oír sin cesar el misterioso y alegre batir de las alas de un ángel que se va al cielo volando.

M. Ozam habia tomado un cariño casi paternal á esta enferma que la casualidad le habia procurado; y nunca durante su larga carrera medical habia experimentado un deseo tan vehemente de luchar cuerpo á cuerpo con la muerte y arrancarle su presa.

Hacia ya algunas semanas que se habia empeñado en esta lucha con encarnizamiento, pero los únicos resultados que habia conseguido hasta aquel día eran puramente negativos.

El estado de la Pippione no habia empeorado, es verdad, pero tampoco habia dado un paso adelante en la via de la curacion.

Cuando el doctor entró en el cuarto de su querida enferma, la encontró sentada en la cama, sonriéndose y en medio de una multitud de almohadas al rededor de su cuerpo para sostenerla.

Las cortinas de las ventanas estaban descorridas y dejaban penetrar la claridad del día en toda su plenitud, la claridad de un sol de invierno despejado.

En aquel cuarto, tan triste ayer todavia, todo respiraba

hoy vida y alegría; hasta los ajados y marchitos ramilletes de la chimenea parecia como que habian vuelto á tomar sus primitivos colores para festejar á la Pippione.

A los dos lados de la cama se hallaban sentados José y madama Lamouroux, y las agradecidas miradas de la pobre niña iban y venian del uno á la otra, no sabiendo sobre cuál de estos dos rostros queridos debian fijarse con mayor preferencia.

José parecia estar muy gozoso; madama Lamouroux estaba seria y pensativa.

En sus hermosos ojos enternecidos irradiaba la alegría serena y tranquila que causa la esperanza, una de esas esperanzas dulces y celestiales á las que apenas se atreve uno á entregarse.

El doctor Ozam se acercó sin ruido al grupo que formaban estas tres personas, y tomando el descarnado brazo de la Pippione, dijo :

— Vamos, la caridad ha hecho el milagro que la ciencia medical habia intentado hacer en vano... Os tomaré por enfermera, madama Lamouroux, porque, gracias á vuestra dulce influencia, la Pippione se ha salvado.

XXIV

LA CONFESION DE CHINELA.

Volvamos algunas horas atrás, y continuemos nuestra relacion tomándola en el momento en que el baron Matifay acaba de ser salvado providencialmente por la brusca intervencion de José, Elena, Jacquemin y Clemente.

Atado de piés y manos, con la boca tapada, y reducido á la impotencia antes que hubiese podido dar el menor grito, Chinela habia sido arrojado como un costal de paja sobre la banqueta del carruaje.

Por una parte se hallaba demasiado achispado, y por otra, como el ataque habia sido tan brusco é inesperado, no habia podido ni casi tenido tiempo para darse cuenta de lo que le pasaba.

¿Entre las manos de quién se hallaba? No lo sabia.

Pero una vez pasado el susto de la sorpresa, desapareció su chispa por completo, y con la cabeza mas despejada, empezó á reflexionar acerca de la posicion en que se encontraba.

Su primera impresion fué la del horror que le causó el atentado que iba á cometer en el momento en que la agresion de que habia sido objeto, agresion inexplicable todavia para él, habia venido, por dicha, á impedirselo.

Chinela no era de tierno corazón, y un puñal en su mano no le causaba miedo, como lo probaba demasiado la historia de Thomaso Paz y de la Monna Feretti; pero nunca se

habia dejado llevar de aquellos arrebatos de sangre sino por celos ó por venganza; y aquella noche iba á asesinar por robar...

Y á Dios gracias sus manos no se habian manchado ni con aquel oro, ni con aquella sangre.

Pero por eso, su situacion no se habia mejorado.

Sus agresores debian pertenecer sin duda á la policia, porque, fuera de la policia, ¿quién podia tener interés en apoderarse de un pobre diablo como Chinela?

Esta suposicion era la mas natural, y por consiguiente la mejor: así es que Chinela se fijó en ella, si bien no dejaba de sorprenderle el ver á una mujer mezclada en el negocio.

Es verdad que los agentes de la policia de seguridad representan todos los papeles y emplean todos los medios para desempeñar su arriesgada mision, y aquella mujer debia ser un agente disfrazado.

Chinela no habia podido examinarla de cerca, y la oscuridad profunda que reinaba dentro del carruaje, le impedia el poderse asegurar de la realidad de su suposicion.

Así pues, segun sus cálculos, se hallaba entre las manos de la policia; y al fin y al cabo, ¿qué arriesgaba? No le habian cogido *in fraganti*, y la intencion no es lo mismo que el hecho consumado. El nombre de Chinela no era mas que un apodo, y aun si se hubiese querido remover el negocio de Nápoles, con solo negar los hechos le bastaba, pues nada podia probarsele, ademas que semejante asunto estaria ya olvidado hacia mucho tiempo.

Y todo se reduciria, al fin de cuenta, á sufrir algunas semanas de prision por vagancia.

Tan luego como se arraigó bien esta conviccion en su ánimo, tomó su resolucion.

Se propuso guardar el mas completo mutismo á cuantas preguntas le hiciesen, sistema que le pareció tanto mejor y mas adoptable, en razon á su supuesta ignorancia de la lengua.

El carruaje iba disparado. Habia bajado á trote largo la cuesta de la calle del Faubourg-Saint-Martin, y acababa de torcer hácia la derecha en direccion á los bulevares. Esto le sorprendió á Chinela.

Segun él, debió haber seguido por la calle de San Martin derecho á los malecones, que era el camino mas corto para conducirlo al depósito de la Prefectura de policia.

Eran ya las dos de la mañana, y apenas se encontraba alguno que otro transeunte rezagado que volvia de los teatros del bulevar del Temple.

El coche iba siguiendo siempre la linea iluminada de los bulevares, sin tomar por ninguna de las calles que van á dar al rio.

Chinela se hallaba completamente imposibilitado de moverse, de hablar, de oír, pero no de ver.

Aprovechándose de los mismos movimientos del carruaje, habia conseguido irse acercando insensiblemente á una de las portezuelas, y con la cabeza apoyada contra el rincon del coche, miraba, por entre los cristales empañados con el barro y la niebla, el camino que llevaba.

— ¡Tate!... ¡Tate! se dijo á si mismo, no es con la policia con quien tengo que habérmelas. ¡Oh! pues tratemos de ponernos en guardia, y estar muy sobre aviso.

Y en su imaginación vinieron naturalmente á recordársele los dos hechos que tenian entre si bastante analogia: el rapto de la Pippione, y el suyo propio de esta noche.

De seguro que si él, Chinela, era objeto de un rapto, no debia ser por su bella figura. Su rapto era la consecuencia inmediata del de la Pippione.

Pero ¿qué era lo que iban á pedirle ó preguntarle?

— Ya veremos eso... se decia Chinela.

Y esta vez fué casi con alegría que se fijó en esta idea.

Si se habian dado tanta pena para apoderarse de él, se decia, era sin duda porque lo necesitaban, y se prometió en su interior sacar todo el partido posible, haciéndose pagar bien caros sus servicios.

Los italianos tienen la comprension fácil y el espíritu sutil, segun se ve: así es que Chinela, solo por la fuerza de la induccion y de la lógica, habia llegado á adivinar en parte la verdad.

Una vez lanzado en este camino, ya no se separó de él. Combinaba y estudiaba el papel que probablemente iba á representar, y arreglaba su plan como un autor dramático que tiene que combinar las dos consecuencias posibles de una misma situacion, y que busca laboriosamente la mejor. En efecto — admitida la hipótesis de que era á causa de la Pippione por lo que se habia ejecutado su rapto — se presentaban dos eventualidades tan probables como lógicas.

Los que se habian apoderado de él tan misteriosamente eran los amigos, ó los enemigos de la Pippione.

Si tenian interés en hacerla desaparecer, como ya lo habian intentado en Nápoles, entonces comprarían el silencio de Chinela.

Si, al contrario, su objeto era el hacer patente la identidad de la Pippione, en ese caso él les vendería caro su testimonio. De todos modos, él tenia ganada la causa.

A los que se manifestasen admirados por semejante sutileza de raciocinio en el cerebro de un titiritero vulgar y empresario de polichinelas, podria responderseles dos cosas: la primera, que el cerebro de Chinela no era tan obtuso como podria creerse, sino que al contrario, libre de los vapores del vino, adquiria una lucidez particular, porque en todo italiano hay el germen de un diplomático, y en todo napolitano la sutileza y sagacidad de dos italianos.

En seguida, que el sueño dorado de toda su vida habia sido el de enriquecerse por medio de la Pippione.

Mientras que habia estado entretenido en Nápoles con la Monna y con su amor salvaje, no habia pensado en este gran proyecto; pero desde que puso el pié en el territorio francés, no habia dejado de ocuparse de esta idea, ni un solo instante.

Era por causa de ella por lo que él habia atravesado á pequeñas jornadas toda la Francia, hasta que vino á confundirse en este mar inmenso: Paris.

Y aun, en esto, Chinela razonaba con una lógica rigurosa.